

A portrait of Camilo Torres Restrepo, a man with dark hair, smiling and looking to his left. He is wearing a light blue button-down shirt under a dark jacket. The background is a dark, textured wall, possibly a door, with a brass handle visible on the right. A brick wall is visible on the far left edge.

CARLOS MEDINA GALLEGO

CAMILO TORRES RESTREPO

EL FRENTE UNIDO y AMOR EFICAZ
MENSAJES PARA EL SIGLO XXI

CAMILO TORRES RESTREPO

EL FRENTE UNIDO y AMOR EFICAZ
MENSAJES PARA EL SIGLO XXI

Carlos Medina Gallego

EL FRENTE UNIDO y AMOR EFICAZ
MENSAJES PARA EL SIGLO XXI

@2026

EL FRENTE UNIDO y AMOR EFICAZ

MENSAJES PARA EL SIGLO XXI

Carlos Medina Gallego

Historiador y analista político

Docente-Investigador

Fundación ABC – PAZ

ISBN: 978-628-

Diagramación e Impresión

Editorial ALQUIMIA

Bogotá, D. C. Colombia

Notas para comenzar a leer

Este libro es más que documento centrado en temas necesarios y urgentes, es abrir una herida antigua que aún sangra, es encender una lámpara en medio del cansancio colectivo, es permitir que una voz del pasado vuelva a caminar entre nosotros con los pies llenos de barro y el corazón cargado de pueblo. Porque este libro no es solamente una recopilación de ideas y mensajes. Es una convocatoria ética. Un gesto de memoria activa una forma de decirnos —otra vez— que la historia no está cerrada y que la esperanza también necesita organización.

Camilo Torres Restrepo nació en Bogotá en 1929 y murió joven, en 1966. Su vida fue breve, pero su densidad humana es inmensa. Sacerdote, sociólogo, profesor universitario, pensador crítico y militante del cambio social, Camilo fue, ante todo, un hombre atravesado por una pregunta radical: ¿qué sentido tiene la fe si no se

convierte en justicia? ¿qué valor tiene el conocimiento si no se pone al servicio de los pobres?

Formado en sociología en Europa, docente comprometido en Colombia, Camilo entendió muy pronto que no bastaba con interpretar la realidad: había que transformarla. Comprendió que la universidad no podía ser una torre aislada del dolor social, que la Iglesia no podía permanecer neutral frente a la miseria, y que la política debía recuperar su dimensión moral. Camilo no fue un teórico de escritorio. Fue un hombre que pensó caminando, que escribió escuchando, que decidió comprometer su cuerpo con sus ideas. Su vida fue una coherencia radical. Este libro recoge esa coherencia y la trae al presente. No como pieza de museo, sino como herramienta viva.

El Frente Unido: la unidad como tarea histórica
Uno de los aportes más profundos de Camilo fue su llamado al Frente Unido. No se trataba de una plataforma electoral ni de un simple acuerdo entre organizaciones. Era algo más hondo: una propuesta de articulación popular desde abajo,

una pedagogía política de la convergencia. Camilo comprendió que las élites se sostienen gracias a la fragmentación del pueblo. Que la división entre trabajadores, campesinos, estudiantes, creyentes, mujeres, jóvenes y sectores populares es funcional al poder. Por eso propuso una unidad amplia, plural, respetuosa de las diferencias, pero firme en los propósitos comunes.

El Frente Unido era una ética de la solidaridad organizada.

Hoy, en pleno siglo XXI, este mensaje resuena con una claridad casi dolorosa. Vivimos tiempos de luchas dispersas, de causas fragmentadas, de identidades que muchas veces se miran con desconfianza. Las redes sociales amplifican el desacuerdo, la política se atomiza, los movimientos sociales pierden densidad estratégica. Cada sector defiende su parcela, mientras las estructuras de injusticia permanecen intactas.

Camilo nos recuerda que sin unidad no hay transformación estructural. Que ningún cambio profundo nace del aislamiento. Que la

revolución —entendida como dignidad colectiva— es siempre un acto coral.

El Frente Unido sigue siendo una tarea pendiente. Una deuda histórica. Una necesidad urgente.

El Amor Eficaz: cuando la ética se vuelve acción. Quizá el concepto más luminoso —y más exigente— del pensamiento camilista es el de Amor Eficaz.

Camilo fue claro: el amor no puede quedarse en sentimiento, discurso o caridad ocasional. El amor verdadero debe volverse eficaz. Debe traducirse en cambios concretos en las condiciones de vida del pueblo. El Amor Eficaz es aquel que construye organización. Que disputa el poder. Que transforma estructuras. No es la compasión que tranquiliza conciencias, sino el compromiso que incomoda privilegios. Es el amor que levanta escuelas en territorios olvidados. Que acompaña víctimas. Que defiende el agua y la tierra. Que se enfrenta a la corrupción. Que exige derechos. Que convierte la indignación en proyecto colectivo.

En una época saturada de discursos vacíos sobre empatía y bienestar emocional, Camilo nos devuelve el sentido político del amor. Nos recuerda que amar es tomar partido. Que amar es arriesgar. Que amar es organizar esperanza. El Amor Eficaz no busca aplausos. Busca justicia. No se mide en likes. Se mide en dignidad recuperada. Una fe encarnada en la historia. Camilo también fue un creyente radical. Pero su fe no fue evasión del mundo: fue inmersión total en él.

Para Camilo, la oración no podía separarse de la acción. La espiritualidad auténtica debía expresarse en compromiso social. No había contradicción entre Evangelio y revolución, entre fe y política, entre altar y calle. Su cristianismo fue profundamente terrenal.

Creyó en un Dios que camina con los pobres, que se manifiesta en la lucha por la justicia, que habita en la organización popular. Hoy, cuando proliferan iglesias convertidas en empresas y discursos religiosos que predicán resignación, Camilo nos interpela con fuerza: la

fe que no transforma la realidad es una fe incompleta.

Este libro rescata esa dimensión espiritual, no como dogma, sino como impulso ético. Nos invita a pensar una religiosidad crítica, liberadora, profundamente humana.

Mensajes que cruzan el tiempo.

Los textos reunidos en Mensajes para el siglo XXI dialogan con múltiples sujetos: estudiantes cansados, trabajadores precarizados, campesinos desplazados, mujeres que resisten, jóvenes desorientados, creyentes inquietos, pueblos que no se resignan. Cada mensaje conserva su raíz histórica, pero respira presente. Hablan a una Colombia atravesada por la desigualdad, por la violencia persistente, por la frustración política, pero también por una enorme capacidad de resistencia y creatividad social.

Camilo sigue hablándonos porque supo hablar desde el dolor concreto. Porque nunca convirtió la revolución en consigna abstracta. Porque entendió que el cambio social es un proceso profundamente humano. Leer estas páginas es

encontrarse con una voz que no envejeció. Una voz que nos recuerda que los derechos no se mendigan, se conquistan. Que la democracia no se hereda, se construye. Que la paz no es silencio de fusiles, sino justicia social.

Una invitación abierta

Este libro no busca canonizar a Camilo al cumplirse 60 años de su muerte en combate. Busca activarlo. No pretende nostalgia, sino responsabilidad. Es una invitación a repensar la política como ética colectiva. A recuperar la organización como forma de amor. A entender que la esperanza también se planifica. Es una invitación a mirar el país con ojos críticos y corazón dispuesto. A reconocer que ningún cambio vendrá desde arriba. Que toda transformación verdadera nace del tejido social. Camilo nos habla hoy porque seguimos viviendo las mismas desigualdades estructurales. Porque la pobreza aún duele. Porque la juventud sigue buscando sentido. Porque el pueblo continúa esperando justicia.

Su palabra no es un eco lejano. Es un llamado vigente. Leer CAMILO TORRES RESTREPO: EL

Frente Unido y Amor Eficaz es asumir una responsabilidad histórica. Es aceptar que no basta con comprender. Que no basta con indignarse. Que no basta con creer. Hace falta organizarse. Hace falta juntarse. Hace falta amar eficazmente. Y quizá, al cerrar este libro, entendamos algo esencial: que otro país es posible, pero no llegará solo. Llegará con nuestras manos. Con nuestras contradicciones. Con nuestra voluntad de unidad. Porque, como nos enseñó Camilo, el amor verdadero siempre busca hacerse historia.



**La oración no podía separarse de la acción.
La espiritualidad auténtica debía expresarse
en compromiso social y político.**

EL FRENTE UNIDO de CAMILO TORRES RESTREPO

Vigencia de una apuesta política para la Colombia de hoy

A sesenta años de la muerte del sacerdote, sociólogo y líder político y popular CAMILO TORRES RESTREPO, su pensamiento político conserva una fuerza interpeladora que desborda la nostalgia y se proyecta con notable vigencia sobre los dilemas actuales de la lucha política colombiana y continental.

Entre sus múltiples aportes, el concepto de FRENTE UNIDO constituye una de las elaboraciones más profundas y estratégicas para comprender tanto las posibilidades como los límites de los procesos de transformación social en Colombia.

Camilo no fue únicamente un intelectual comprometido ni un sacerdote sensible al sufrimiento de los pobres. Fue, sobre todo, un

constructor de propuestas políticas concretas para un país atravesado por la desigualdad estructural, la exclusión política y la violencia como mecanismo de regulación del conflicto social.

El FRENTE UNIDO surge precisamente como respuesta a ese diagnóstico: una sociedad cerrada, oligárquica, donde los partidos tradicionales habían capturado el Estado y bloqueado cualquier vía real de participación popular.

El FRENTE UNIDO no fue concebido por Camilo Torres como una alianza coyuntural ni como un pacto entre élites opositoras. Fue, ante todo, una estrategia política de acumulación social, orientada a articular en un mismo horizonte a campesinos, obreros, estudiantes, sectores medios, cristianos comprometidos, intelectuales críticos y fuerzas políticas populares, más allá de sus diferencias ideológicas o doctrinarias.

En el contexto del Frente Nacional, donde liberales y conservadores se repartían el poder excluyendo a toda fuerza alternativa, Camilo comprendió que la fragmentación de la

oposición era funcional a la reproducción del orden dominante. El FRENTE UNIDO buscaba romper esa lógica mediante la construcción de un programa mínimo común, centrado en las necesidades básicas del pueblo: tierra, trabajo, educación, salud, participación política real y soberanía nacional.

En este sentido, el FRENTE UNIDO fue una propuesta profundamente democrática y popular. No partía de la imposición de una vanguardia iluminada, sino del reconocimiento de que la unidad debía construirse desde abajo, en diálogo con las organizaciones sociales y los sectores excluidos, respetando la diversidad de trayectorias políticas, culturales y religiosas.

CAMILO: Ética cristiana, análisis social y compromiso revolucionario

Uno de los rasgos más disruptivos del pensamiento de Camilo Torres fue su capacidad para articular la ética cristiana con el análisis sociológico y la acción política radical. El FRENTE UNIDO no era solo una herramienta organizativa; era también una opción ética, fundada en lo que Camilo denominó el “amor eficaz”: un amor que no se agota en la caridad

individual, sino que se traduce en la transformación de las estructuras injustas.

Desde esta perspectiva, la unidad popular no era un cálculo pragmático, sino una exigencia moral. Dividir al pueblo —por sectarismos, dogmatismos o disputas de liderazgo— equivalía a perpetuar el sufrimiento de las mayorías. Esta idea resulta particularmente relevante hoy, cuando buena parte de las fuerzas progresistas y de izquierda en Colombia parecen atrapadas en disputas internas que debilitan su capacidad de incidencia política.

La vigencia del FRENTE UNIDO en la Colombia contemporánea

Sesenta años después de la muerte de Camilo Torres, Colombia vive un momento de profundas tensiones y reconfiguraciones. El acceso de fuerzas alternativas al gobierno nacional, los intentos de implementar una paz integral, las luchas territoriales por la defensa de la vida y el ambiente, y la emergencia de nuevos movimientos sociales, configuran un escenario complejo y contradictorio.

En este contexto, el concepto de FRENTE UNIDO conserva una vigencia notable por varias razones:

En primer lugar, porque la fragmentación del campo popular sigue siendo uno de los principales obstáculos para la transformación estructural del país. Las disputas entre sectores progresistas, las fracturas entre movimientos sociales y partidos políticos, y la dificultad para construir agendas comunes, debilitan los procesos de cambio y facilitan la recomposición de las fuerzas conservadoras.

En segundo lugar, porque el FRENTE UNIDO propone una lógica de unidad en la diversidad, especialmente pertinente en una Colombia pluriétnica, multicultural y territorialmente diversa. La apuesta de Camilo no era homogeneizar al movimiento popular, sino articular sus diferencias en torno a objetivos compartidos, reconociendo que la unidad no elimina el conflicto, pero sí lo orienta hacia la transformación social.

En tercer lugar, porque el FRENTE UNIDO interpela directamente las prácticas políticas actuales, muchas veces reducidas al electoralismo, al marketing político o a la gestión tecnocrática del poder. Camilo insistía en que sin organización popular, sin conciencia política y sin participación activa del pueblo, ningún gobierno —por progresista que se declare— puede sostener un proyecto de cambio profundo.

CAMILO TORRES RESTREPO: memoria viva y horizonte político

Conmemorar los 60 años de la muerte de Camilo Torres Restrepo no puede limitarse a un ejercicio ritual o simbólico. Implica recuperar críticamente su pensamiento, confrontarlo con los desafíos del presente y asumir la incomodidad que su legado produce. Camilo sigue siendo incómodo porque nos recuerda que la unidad popular no se decreta, se construye; que la política sin ética se vacía de sentido; y que la transformación social exige coherencia entre el discurso y la práctica.

El FRENTE UNIDO no es una fórmula cerrada ni un modelo replicable mecánicamente. Es, más bien, un principio político: la convicción de que solo la convergencia amplia de los sectores populares, organizada desde abajo y orientada por un proyecto común de justicia social, puede abrir caminos reales de democratización en Colombia.

A sesenta años de su muerte, Camilo Torres no pertenece al pasado, ni a ninguna organización en particular. Su pensamiento sigue siendo una brújula crítica para quienes creen que otro país es posible, pero entienden que ese país solo puede construirse desde la unidad popular, la dignidad de los excluidos y la decisión colectiva de transformar la historia.



El AMOR EFICAZ exigía tomar partido, asumir una opción clara por los oprimidos y disputar el poder que reproduce la injusticia

EL AMOR EFICAZ EN CAMILO TORRES RESTREPO COMO HORIZONTE ÉTICO-POLITICO

El próximo 15 de febrero del 2026 se conmemoran los 60 años de la muerte en combate del sacerdote revolucionario Camilo Torres Restrepo. En esta ocasión y en el marco de esa conmemoración quisiera arriesgar una reflexión al respecto del sentido ético y político del concepto de AMOR EFICAZ desarrollado por Camilo.

El concepto de AMOR EFICAZ constituye una de las propuestas ético-políticas más profundas y radicales del pensamiento latinoamericano del siglo XX. Lejos de entender el amor como una experiencia puramente religiosa, sentimental, individual o abstracta, el padre Camilo Torres Restrepo lo concibió como una práctica concreta, histórica y transformadora, orientada a la superación de la injusticia social y de las estructuras que producen miseria, exclusión y violencia.

En el mundo contemporáneo atravesado por crecientes procesos de deshumanización, el AMOR EFICAZ emerge como una categoría indispensable para pensar la dignidad, los derechos y la justicia social desde una perspectiva profundamente humana y fundamento de lo que se puede denominar el humanismo Camilista.

Para el padre Camilo Torres Restrepo, el amor cristiano no podía reducirse a la caridad asistencial ni a la compasión pasiva frente al sufrimiento ajeno. Amar eficazmente significa comprometerse de manera activa y organizada con la transformación de las condiciones materiales que niegan la vida digna a las mayorías. En sus palabras y acciones, el amor verdadero debía producir efectos reales sobre la vida de los pobres, de los excluidos y de las víctimas de la desigualdad estructural. De lo contrario, se convertía en un discurso vacío, moralista y funcional al mantenimiento del orden injusto.

Esta concepción del amor se nutre de una lectura crítica del cristianismo, de la sociología y

de la realidad latinoamericana. Camilo comprendió que la pobreza no era un accidente ni una fatalidad, sino el resultado de un sistema económico, político y social profundamente desigual. En ese sentido, el AMOR EFICAZ exigía tomar partido, asumir una opción clara por los oprimidos y disputar el poder que reproduce la injusticia. No se trataba de un amor neutral, sino de un amor situado, conflictivo y transformador.

La vigencia del AMOR EFICAZ resulta particularmente evidente en el contexto actual, caracterizado por múltiples formas de deshumanización. La mercantilización de la vida, la precarización del trabajo, el racismo estructural, la destrucción ambiental, las guerras, los desplazamientos forzados y la normalización del sufrimiento ajeno configuran un escenario en el que la dignidad humana es sistemáticamente erosionada. A ello se suma una cultura del individualismo extremo, que rompe los lazos sociales, debilita la solidaridad y convierte al otro en un competidor, un enemigo o un objeto descartable.

Frente a esta realidad, el AMOR EFICAZ propone una ética radicalmente distinta. Invita a

reconstruir el sentido de lo común, a reconocer al otro como sujeto de derechos y a comprender que la realización personal solo es posible en una sociedad justa. El amor, entendido de este modo, deja de ser una emoción privada para convertirse en un principio organizador de la vida social y política. Amar eficazmente implica luchar por sistemas de salud, educación, vivienda y trabajo que garanticen condiciones reales de dignidad para todos y todas.

Además, el AMOR EFICAZ interpela de manera directa a las democracias contemporáneas, muchas veces vaciadas de contenido social. Camilo entendió que no puede haber democracia real en sociedades profundamente desiguales. Por ello, su propuesta articula amor, justicia social y participación política. La defensa de los derechos humanos no es, desde esta perspectiva, un ejercicio retórico, sino una práctica cotidiana que exige confrontar privilegios, redistribuir el poder y democratizar la riqueza.

Otro aspecto central del AMOR EFICAZ es su dimensión colectiva. Camilo Torres rechazó las soluciones individualistas a problemas

estructurales. Para él, la transformación social requería organización popular, conciencia política y acción colectiva. En un mundo donde se promueve la polarización, la apatía, el miedo y la fragmentación social, esta dimensión resulta especialmente relevante.

Recuperar el AMOR EFICAZ supone reactivar la capacidad de los pueblos para organizarse, resistir y construir alternativas basadas en la solidaridad y el cuidado mutuo.

El AMOR EFICAZ plantea una concepción profundamente humana de la esperanza. No una esperanza ingenua o pasiva, sino una esperanza que se construye en la acción, en la lucha y en la coherencia entre pensamiento y práctica. En tiempos de crisis civilizatoria, donde el futuro aparece marcado por la incertidumbre y la exclusión, el legado de Camilo Torres Restrepo ofrece una brújula ética y política para rehumanizar el mundo.

El AMOR EFICAZ no es una idea del pasado ni un gesto romántico de rebeldía, sino una propuesta vigente y urgente. Frente a la deshumanización creciente, propone colocar la vida digna en el centro, asumir la justicia social como condición

del amor y comprender que no hay verdadero humanismo sin transformación estructural.

Recuperar el AMOR EFICAZ es, hoy más que nunca, una tarea ética y política para quienes se niegan a aceptar la injusticia como destino y siguen creyendo que otro mundo, más humano y más justo, es posible.

A partir de los fundamentos señalados —y del núcleo ético-político del pensamiento de Camilo Torres Restrepo—, estos 10 enunciados buscan expresar qué significa, en la práctica histórica y política, hacer efectivo el AMOR EFICAZ:

1. El AMOR EFICAZ se expresa en la acción transformadora, no en la simple intención moral ni en el discurso bien intencionado; amar es intervenir sobre las causas estructurales de la injusticia.
2. El AMOR EFICAZ exige organización colectiva, porque el sufrimiento social no se supera con gestos individuales, sino mediante procesos políticos, sociales y comunitarios capaces de disputar el poder que produce exclusión.

3. El AMOR EFICAZ toma partido por los pobres, por las mayorías empobrecidas y por las víctimas de la desigualdad, rompiendo con toda neutralidad frente a la opresión.
4. El AMOR EFICAZ convierte la indignación ética en compromiso político, entendiendo que la injusticia no es un accidente moral sino un resultado de estructuras históricas concretas.
5. El AMOR EFICAZ rechaza la caridad asistencial como solución, cuando esta no transforma las condiciones que reproducen la miseria y termina legitimando el orden injusto.
6. El AMOR EFICAZ defiende la dignidad humana como principio irrenunciable, entendiendo los derechos no como concesiones, sino como conquistas sociales y políticas.
7. El AMOR EFICAZ implica asumir riesgos, porque enfrentar estructuras de poder injustas conlleva conflicto, persecución y, en muchos casos, sacrificio personal.
8. El AMOR EFICAZ articula fe, ética y política, superando la separación entre espiritualidad y vida material, entre creencias y responsabilidad histórica.

9. El AMOR EFICAZ se mide por sus efectos reales, por su capacidad de mejorar la vida concreta de los pueblos y no por la pureza de las intenciones de quienes lo proclaman.

10. El AMOR EFICAZ es una apuesta radical por la humanización, una praxis que busca rehacer lo humano allí donde el sistema produce deshumanización, exclusión y muerte.



**La fragmentación solo beneficia a quienes
viven del conflicto y del privilegio.**

CAMILO TORRES RESTREPO
MENSAJE A LAS COLOMBIANAS Y LOS
COLOMBIANOS

(versión actualizada- pensamiento vigente)

Hermanas y hermanos:

Colombia sigue siendo una nación herida. Herida por la desigualdad estructural, por la violencia que no termina, por la corrupción que carcome las instituciones y por un modelo económico que concentra la riqueza mientras millones sobreviven en la precariedad.

Han pasado décadas desde que levantamos la voz para decir que este país no podía seguir gobernado contra la mayoría. Hoy esa verdad sigue intacta, pese a los intentos transformadores del progresismo torpedeados por la derecha y la izquierda fundamentalista.

El pueblo colombiano continúa pagando el precio de decisiones tomadas lejos de sus territorios, de políticas públicas diseñadas sin

escuchar a las comunidades, y de élites que confunden gobernar con administrar privilegios.

La paz no ha llegado plenamente. Persisten los asesinatos de líderes sociales, el desplazamiento forzado, el control territorial de economías ilegales, la criminalización de la protesta y la estigmatización del pensamiento crítico. A esto se suma una nueva forma de violencia: la desinformación, el odio sembrado en redes y el miedo utilizado como herramienta política.

Nos dicen que tengamos paciencia. Pero el hambre no espera. La falta de oportunidades no espera. La juventud sin futuro no espera. Hoy como ayer, afirmamos que el amor verdadero no puede ser pasivo.

Amar al pueblo significa comprometerse con su dignidad concreta: con el derecho a la tierra, al trabajo digno, a la educación pública de calidad, a la salud como derecho y no como negocio, a una vejez protegida, a una vida libre de violencias. No basta con conmovernos ante la pobreza: hay que transformar las estructuras que la producen.

La unidad popular sigue siendo una tarea pendiente. Mientras los sectores sociales caminan separados —campesinos, trabajadores, estudiantes, mujeres, pueblos étnicos, pequeños empresarios, artistas, maestros— el poder real permanece intacto dividiendo, sembrando odio y miedo. La fragmentación solo beneficia a quienes viven del conflicto y del privilegio.

Hoy el Frente Unido debe pensarse como una gran convergencia democrática: amplia, plural, sin sectarismos, donde quepan todas y todos los que quieren un país más justo, sin importar credos, partidos o trayectorias. No se trata de imponer una ideología. Se trata de defender la vida. No se trata de radicalismos estériles. Se trata de cambios reales. No se trata de caudillos. Se trata de organización colectiva.

A quienes gobiernan les decimos: el mandato popular no es un cheque en blanco. La coherencia entre discurso y práctica es una obligación ética. Combatir la corrupción, el clientelismo y el nepotismo no es un eslogan: es una responsabilidad histórica.

A quienes hacen oposición desde el odio y el miedo: Colombia no necesita más guerras culturales ni nostalgias autoritarias. Necesita propuestas, verdad y compromiso con la democracia.

A la juventud: no permitan que les roben la esperanza. Su inconformidad es legítima. Su creatividad es fuerza transformadora. Organícense, participen, cuiden la vida. A las comunidades: nadie vendrá a salvarnos desde arriba. La dignidad se construye desde abajo, en los barrios, veredas, universidades, sindicatos, asociaciones y colectivos.

Hoy como ayer sostenemos: La revolución verdadera es ética. La transformación auténtica es colectiva. El amor eficaz es acción organizada. Colombia no cambiará solo con elecciones, pero tampoco sin ellas. No cambiará solo con movilización, pero tampoco sin ella. No cambiará solo con discursos, sino con políticas públicas que conviertan los derechos en realidades.

Invitamos a todas y todos a recrear la política: a convertirla en servicio, en cuidado mutuo, en construcción de futuro. Que nadie se quede al

margen. Porque mientras exista un solo colombiano condenado a la miseria, la paz será incompleta. Y mientras haya un pueblo dispuesto a luchar por su dignidad, la esperanza seguirá viva.



La seguridad, cuando se limita a la represión del malestar social, pierde toda legitimidad.

CAMILO TORRES RESTREPO

**EL MENSAJE A LOS MILITARES EN LA
COLOMBIA DE HOY**

Ustedes no nacieron del privilegio. Vienen, en su inmensa mayoría, de los mismos territorios donde hoy se concentran la pobreza, el abandono estatal y la falta de oportunidades. Son hijos e hijas de campesinos, de obreros, de madres que han sostenido la vida en medio de la escasez. Esa realidad compartida debería ser el punto de partida de toda reflexión sobre su papel en el país.

Cuando hombres y mujeres del pueblo terminan apuntando sus armas contra comunidades igualmente empobrecidas, algo profundo se ha roto en el sentido de la patria. No es natural ni inevitable que quienes cargan el uniforme sean colocados en oposición a las mayorías sociales. Esa fractura no nace del pueblo, sino de decisiones políticas que buscan preservar un orden injusto y presentarlo como destino.

Se les ha enseñado que su misión es defender la Constitución, la ley y la patria. Pero ninguna Constitución se honra cuando amplios sectores carecen de derechos efectivos. Ninguna ley es justa si se aplica solo contra los débiles. Y ninguna patria puede reducirse a un pequeño grupo que concentra riqueza, poder y decisiones, mientras delega en otros el sacrificio y la sangre.

La obediencia, cuando se separa de la conciencia, deja de ser virtud y se convierte en instrumento. El orden, cuando se impone sin justicia, se transforma en violencia. La seguridad, cuando se limita a la represión del malestar social, pierde toda legitimidad. Defender la vida no puede significar negar la dignidad; garantizar estabilidad no puede significar silenciar la verdad.

La protesta social no es una amenaza: es un lenguaje de quienes no han sido escuchados. La inconformidad no es enemiga del país: es señal de que el país está incompleto. Cuando se persigue al que reclama derechos, se protege indirectamente a quienes los niegan. Y cuando

se criminaliza la pobreza, se absuelve a quienes la producen.

Tal vez sea necesario recordar que la patria no es un símbolo abstracto ni una consigna, sino una realidad concreta hecha de personas, territorios y relaciones sociales. Defenderla implica preguntarse a quién sirve el uso de la fuerza y quién se beneficia de su despliegue. No todo lo legal es legítimo, y no todo mandato merece obediencia cuando contradice la vida y la dignidad humanas.

El honor de las Fuerzas Armadas no se construye en la confrontación permanente ni en la negación del conflicto social, sino en la capacidad de colocarse del lado de la mayoría, de proteger al pueblo y no de enfrentarlo, de contribuir a la paz no solo como ausencia de armas, sino como presencia de justicia.

Mientras persistan estructuras que producen exclusión, desigualdad y violencia, la paz será frágil y la seguridad ilusoria. La verdadera defensa del país pasa por transformar esas estructuras, no por blindarlas. Los sacrificios que valen la pena son aquellos que ayudan a

construir una nación más justa, no los que prolongan una historia de sufrimiento.

La Colombia de hoy necesita una Fuerza Pública consciente de su origen popular, comprometida con la vida, capaz de pensar críticamente su papel y dispuesta a asumir un lugar activo en la construcción de una paz con dignidad. Ese es el reto ético de las Fuerzas Militares de nuestro tiempo.



Lo esencial del cristianismo sigue siendo el amor al prójimo. Pero ese amor, para ser verdadero, debe ser eficaz.

CAMILO TORRES RESTREPO

MENSAJE A LOS CRISTIANOS y
CRISTIANAS DE HOY

Las convulsiones políticas, sociales y espirituales de nuestro tiempo han sembrado confusión, cansancio y resignación en amplios sectores del pueblo creyente. En medio del hambre, la desigualdad, la violencia persistente y la precarización de la vida, muchos cristianos han sido llamados no a organizar la esperanza, sino a aceptar el sufrimiento como destino.

Hoy es necesario decirlo con claridad: la fe no puede reducirse a ritual vacío, ni la oración convertirse en refugio pasivo frente a la injusticia.

Lo esencial del cristianismo sigue siendo el amor al prójimo. Pero ese amor, para ser verdadero, debe ser eficaz. No basta con palabras piadosas, ni con limosnas ocasionales, ni con promesas de prosperidad. Amar al prójimo significa comprometerse con su dignidad concreta: con su derecho a comer, a estudiar, a vivir sin miedo, a trabajar con justicia, a habitar un país donde la vida valga más que el dinero.

Sin embargo, en Colombia han proliferado iglesias que funcionan como empresas económicas del adoctrinamiento y la sumisión. Templos convertidos en negocios, púlpitos transformados en plataformas políticas, pastores y líderes religiosos que predicán obediencia mientras acumulan riqueza, y que enseñan resignación mientras legitiman estructuras de explotación.

Estas iglesias no liberan: domestican. No forman conciencia: producen dependencia. No anuncian justicia: venden salvación.

Predican un evangelio individualista que culpa al pobre de su pobreza y promete milagros sin transformación social. Han reemplazado la ética del amor por la lógica del mercado, y la espiritualidad por el espectáculo.

Frente a esto, los cristianos y especialmente los católicos están llamados a recuperar el sentido histórico y social de su fe.

Creer hoy en Colombia significa asumir un compromiso activo con la transformación de las condiciones que producen miseria, exclusión y

violencia. Significa ponerse del lado de las mayorías empobrecidas, acompañar las luchas por la tierra, el trabajo digno, la educación pública, la salud, la paz y la justicia social. Significa confrontar el clientelismo, la corrupción y toda forma de autoritarismo que degrade la vida.

La oración no puede ser evasión. Orar debe ser una práctica transformadora: orar es organizarse, orar es denunciar, orar es acompañar, orar es construir comunidad, orar es trabajar por un país más justo.

La oración verdadera mueve a la acción. No separa cielo y tierra: los une. No tranquiliza conciencias: las despierta. No invita a esperar milagros: impulsa a crear condiciones de dignidad colectiva.

La fe cristiana no fue pensada para legitimar privilegios, sino para cuestionarlos. No nació para bendecir imperios, sino para acompañar a los crucificados de la historia. No existe cristianismo auténtico sin compromiso con la justicia.

Hoy, más que nunca, los creyentes están llamados a ser sujetos políticos conscientes, a participar en los procesos de transformación social, a defender lo público, a cuidar la vida en todas sus formas y a trabajar por el bienestar real del pueblo colombiano.

No se trata de imponer creencias, sino de encarnar valores: solidaridad, dignidad, igualdad, fraternidad. Porque amar al prójimo, en nuestro tiempo, significa luchar por un país donde nadie sea descartable. Y esa lucha —ética, colectiva y esperanzada— también es oración.



**Soy revolucionario no por fidelidad a una
doctrina, sino por lealtad a los pueblos que
sufren**

CAMILO TORRES RESTREPO

MENSAJE A LOS COMUNISTAS

(Una interpelación desde el tiempo histórico
que habitamos)

No hablo desde la nostalgia ni desde la ortodoxia. Hablo desde la urgencia.

Soy revolucionario no por fidelidad a una doctrina, sino por lealtad a los pueblos que sufren. Soy revolucionario porque la pobreza sigue siendo estructural, porque la desigualdad se ha sofisticado, porque el capital hoy gobierna mediante algoritmos, plataformas y guerras silenciosas, y porque la democracia ha sido vaciada por la mercantilización de la vida.

Por eso no puedo ser anticomunista. Pero tampoco puedo ser acrítico frente a un comunismo que se ha quedado detenido en sus propios catecismos.

Lo digo con respeto y con fraternidad: el mayor riesgo de buena parte del pensamiento

comunista actual no es la represión externa, sino su encierro interno.

Una ortodoxia que repite fórmulas del siglo pasado como si el mundo no hubiera cambiado. Un lenguaje que ya no convoca a las mayorías.

Una lectura del poder que ignora las mutaciones del capitalismo digital, del extractivismo verde, del colonialismo financiero y de las nuevas formas de dominación cultural.

El tiempo histórico no espera.

Hoy la lucha de clases no se expresa únicamente en fábricas; atraviesa territorios devastados, cuerpos feminizados, juventudes precarizadas, pueblos racializados, migrantes criminalizados y naturalezas convertidas en mercancía. Persistir en esquemas rígidos es renunciar a comprender esta complejidad.

La revolución no puede seguir pensándose como una línea recta ni como un asalto heroico al Palacio de Invierno. Es proceso, tejido social, acumulación ética, pedagogía popular y construcción paciente de poder democrático. Con demasiada frecuencia, el comunismo organizado ha confundido identidad con secta,

coherencia con pureza, y firmeza con aislamiento. Ha perdido la capacidad de ser con otros. En lugar de construir frentes amplios, se atrinchera.

En lugar de leer los matices del campo popular, impone jerarquías ideológicas. En lugar de unir, fragmenta. Se deja atrapar por luchas parciales que, aunque legítimas, se convierten en trincheras estériles cuando no se articulan en un proyecto común. Cada causa se vuelve feudo. Cada diferencia, ruptura. Cada desacuerdo, sospecha. Así se debilita la esperanza colectiva.

No se puede transformar la sociedad desde pequeñas capillas ideológicas. No se derrota al capitalismo con minorías iluminadas. No se construye poder popular despreciando al que piensa distinto. La historia enseña que los grandes cambios nacen de procesos unitarios vigorosos, donde convergen trabajadores, campesinos, mujeres, juventudes, pueblos indígenas, creyentes y no creyentes, ambientalistas, artistas, intelectuales y movimientos sociales diversos.

Unidad no significa uniformidad. Significa proyecto compartido. El dogmatismo es incapaz

de leer el presente porque cree poseer la verdad completa. Pero ninguna tradición revolucionaria es autosuficiente. Todas necesitan dialogar, revisarse, actualizarse.

Hoy más que nunca, la política emancipadora debe ser: profundamente democrática; radicalmente ética; abierta al pluralismo popular; capaz de aprender de los errores y dispuesta a construir mayorías reales.

No basta con tener razón. Hay que ser capaces de convocar. No basta con denunciar. Hay que organizar esperanza. No basta con resistir. Hay que gobernar con dignidad.

El comunismo del futuro —si quiere seguir siendo fuerza histórica— debe abandonar el tono de catecismo y recuperar el lenguaje del pueblo. Debe dejar de hablar solo para sí mismo y volver a hablarle a la vida concreta de las mayorías. Y debe comprender que ninguna transformación profunda será posible sin alianzas amplias, sin pedagogía política, sin sensibilidad cultural y sin una ética del cuidado mutuo.

La revolución no será obra de una vanguardia aislada. Será obra de un pueblo consciente, diverso y organizado. Ese es el desafío. Y ese es, también, el llamado.



**La historia enseña que la indignación sin
organización se desperdicia... los estallidos
sin horizonte se apagan rápido y dejan
intactas las estructuras que producen la
injusticia**

CAMILO TORRES RESTREPO

MENSAJE A LOS NO ALINEADOS.

No es el ruido lo que anuncia la crisis, sino el silencio de la gente cuando deja de creer. Cuando la política se convierte en un juego de élites que discuten entre sí mientras el país real sobrevive como puede, algo esencial se rompe. No es apatía: es cansancio. No es indiferencia: es dignidad herida.

El pueblo no se retira porque no le importe el futuro. Se retira porque demasiadas veces le prometieron cambios que nunca llegaron, porque vio cómo los nombres se turnaban el poder mientras su vida cotidiana seguía marcada por el hambre, la precariedad y el miedo. Por eso ya no conmueven los apellidos, ni las siglas, ni las viejas disputas de siempre. Lo único que importa es si la política sirve o no para vivir mejor.

Hay una mayoría que no aparece en los titulares. No marcha siempre, no milita en partidos, no ocupa cargos. Trabaja, cuida, resiste, sobrevive. Esa mayoría no alineada no es neutral: observa,

juzga, recuerda. Su silencio es una forma de voto, su distancia es una advertencia. Ignorarla es condenarse al fracaso.

La historia enseña que la indignación sin organización se desperdicia. Que la rabia dispersa termina siendo funcional a quienes ya mandan. Que los estallidos sin horizonte se apagan rápido y dejan intactas las estructuras que producen la injusticia. No basta con decir “no”, hay que saber decir “para qué” y “con quién”.

Por eso la tarea no es fabricar líderes desde arriba ni imponer verdades desde los escritorios. La transformación nace cuando la gente se organiza desde abajo, con autonomía, con disciplina ética, con autoridad colectiva y sin caudillos que hablen en su nombre. La unidad no es obediencia, es propósito compartido. No es unanimidad, es horizonte común.

La memoria no está para venerarse, sino para aprender. Cada vez que el pueblo delegó su fuerza en manos ajenas, otros negociaron su destino. Cada vez que actuó sin organización, fue empujado al caos. Cada vez que olvidó sus

propias derrotas, las repitió. La historia no pide nostalgia, pide lucidez.

Hoy, tomar poder no significa solo ganar elecciones. Significa transformar la vida concreta: el trabajo digno, el acceso real a derechos, la justicia social, la paz que se siente en el barrio y en el campo. El poder que no cambia la vida termina administrando la frustración.

No alinearse no es quedarse al margen. Es una posición ética activa. Es no someterse a las élites de siempre ni a las nuevas que repiten viejas prácticas. Es no renunciar a la crítica, incluso cuando gobiernan quienes prometieron el cambio. Es pensar con cabeza propia y actuar con otros.

La esperanza no es un sentimiento: es una tarea organizada. Y cuando la mayoría silenciosa decide caminar junta, ya no hay discurso vacío que la detenga.

No hay tiempo que perder cuando la injusticia se normaliza. Cada día sin organización es un día que fortalece a quienes viven del privilegio y del miedo. Las movilizaciones, los discursos

encendidos y la indignación colectiva solo valen si se transforman en tejido social, en comunidad organizada, en acción sostenida desde abajo. Sin eso, todo se evapora. La responsabilidad no es de unos pocos. Es de cada persona común. De quien trabaja la tierra, de quien vende su fuerza de trabajo, de quien estudia, de quien cuida, de quien resiste en silencio. Nadie debe esperar órdenes ni salvadores. La transformación empieza cuando pequeños grupos se reúnen, conversan, se forman, comparten un horizonte y deciden actuar juntos. Cuando el barrio, la vereda, la escuela, la universidad o el lugar de trabajo dejan de ser espacios aislados y se convierten en nodos vivos de organización.

Ahí nace lo verdadero: cuando la gente se encuentra para pensar su realidad, para difundir ideas, para sostener procesos, para coordinarse con otros, para preparar encuentros más amplios donde el país profundo pueda hablar con voz propia. No se trata solo de marchar, sino de llegar organizados. No se trata solo de protestar, sino de construir poder popular. La abstención, por sí sola, no cambia nada. El desencanto sin proyecto termina siendo una

retirada silenciosa. Pero cuando quienes no se sienten representados deciden caminar juntos, dejan de ser una multitud dispersa y se convierten en fuerza histórica. La masa amorfa se vuelve ariete. La frustración se transforma en propósito. El aislamiento se vuelve comunidad. Hoy, como siempre, el desafío es pasar del malestar a la acción consciente. De la queja individual al compromiso colectivo. De la espera pasiva a la iniciativa compartida. Porque la esperanza no llega desde arriba. Se organiza. Y cuando la gente común asume su responsabilidad histórica —sin caudillos, sin dogmas, sin delegar su dignidad—, empieza a nacer un país distinto: uno donde la política vuelve a tocar la vida, donde el poder deja de ser un privilegio y se convierte en herramienta, y donde la mayoría silenciosa descubre que, unida, puede mover la historia.



Hay una crisis interna profunda del propio movimiento sindical: la burocratización de sus direcciones, la desconexión con las bases, la pérdida de valores obreros fundamentales y la renuncia, en muchos casos, a su papel transformador.

CAMILO TORRES RESTREPO

MENSAJE A LAS Y LOS SINDICALISTAS

Pocos sectores en Colombia poseen una tradición de lucha, dignidad y organización como la clase trabajadora. Sin embargo, esa herencia histórica hoy se encuentra seriamente amenazada.

No solo por la ofensiva permanente del capital financiero, la precarización laboral, la tercerización y el debilitamiento de los derechos colectivos, sino también por una crisis interna profunda del propio movimiento sindical: la burocratización de sus direcciones, la desconexión con las bases, la pérdida de valores obreros fundamentales y la renuncia, en muchos casos, a su papel transformador.

Durante décadas, las élites han aprendido a fragmentar al mundo del trabajo. Dividen por sectores, por contratos, por ideologías, por identidades. Pero también han contado con la complicidad pasiva —y a veces activa— de

dirigencias sindicales que cambiaron la organización popular por el trámite institucional, la movilización por la mesa técnica, la conciencia de clase por el cálculo electoral, y la lucha colectiva por privilegios individuales.

Hoy asistimos a un sindicalismo cada vez más encerrado en oficinas, resoluciones y comunicados, mientras millones de trabajadores sobreviven en la informalidad, el rebusque o la contratación precaria, sin sentirse representados por estructuras que hablan en su nombre.

Se ha debilitado el vínculo entre sindicato y comunidad, entre trabajador y proyecto histórico. Se ha ido perdiendo el sentido profundo de la solidaridad obrera, del internacionalismo, del compromiso con los sectores más empobrecidos. Se ha normalizado una práctica sindical que gestiona la crisis en lugar de confrontar sus causas.

Es necesario decirlo con claridad: un sindicalismo que solo administra conflictos laborales, pero no cuestiona el modelo económico; un sindicalismo que no interpela el extractivismo, la financiarización de la vida y la

destrucción del territorio; un sindicalismo que no se articula con campesinos, estudiantes, mujeres, pueblos indígenas y comunidades negras; un sindicalismo que no forma políticamente a sus bases; un sindicalismo que no construye poder popular... es un sindicalismo condenado a la irrelevancia histórica.

Las luchas parciales siguen siendo necesarias: salario, estabilidad, condiciones dignas. Pero no pueden convertirse en el horizonte máximo. Ninguna reivindicación será definitiva mientras las mayorías sigan excluidas de las decisiones fundamentales del país.

La dignidad del trabajo no se conquista solo en convenciones colectivas: se conquista transformando las estructuras que producen desigualdad.

La unidad no puede seguir siendo una consigna vacía ni una foto ocasional. La unidad se construye desde abajo, desde los centros de trabajo, desde los barrios, desde los territorios, desde la organización cotidiana. Y esa unidad debe tener contenido político, social y ético. El movimiento sindical debe recuperar su vocación histórica: ser fuerza viva de cambio

social. No apéndice del Estado. No plataforma de carreras personales. No actor subordinado al calendario electoral.

Las y los trabajadores han sido muchas veces superiores a sus dirigentes. Cuando las bases despiertan, cuando se organizan con autonomía, cuando recuperan la palabra y el protagonismo, se abre la posibilidad real de una transformación profunda.

Hoy más que nunca se necesita un sindicalismo que vuelva a educar, a movilizar, a soñar colectivamente. Un sindicalismo que se atreva a pensar el país. Que dialogue con la juventud precarizada. Que abrace las luchas ambientales. Que entienda la paz como justicia social. Que asuma la democracia como poder popular. Porque sin una clase trabajadora consciente, organizada y unida, no habrá reformas duraderas, ni justicia social, ni país digno.

La historia no espera. O el sindicalismo se reinventa desde las bases y vuelve a ser motor de cambio estructural, o seguirá administrando su propio desgaste mientras otros deciden el destino de la nación.



El campesinado debe organizarse no solo para resistir, sino para disputar poder.

CAMILO TORRES RESTREPO

**MENSAJE POLÍTICO A LAS
CAMPELINAS Y CAMPELINOS EN
TIEMPOS DE GUERRA PERMANENTE**

El campo colombiano sigue siendo el campo de batalla.

No por casualidad, sino por decisión política. La guerra no llegó al campo: se instaló en él porque allí están la tierra, el agua, los minerales, las rutas y la fuerza de trabajo. Y ustedes, campesinas y campesinos, han sido convertidos en víctimas permanentes de un modelo económico y político que necesita territorios sin gente y gente sin derechos.

Hoy el conflicto armado se sostiene porque el campo está desprotegido. El Estado llega con fusiles, pero no con escuelas; con soldados, pero no con hospitales; con erradicación forzada, pero no con mercados justos. La seguridad que ofrecen no es para ustedes, sino para los negocios que avanzan sobre el territorio.

No se trata solo de actores armados ilegales. El despojo también se hace con leyes, con créditos impagables, con títulos amañados, con megaproyectos impuestos, con tratados comerciales que arruinan la producción campesina. La guerra tiene muchas formas, y casi todas pasan por el campo.

El campesinado produce alimentos, cuida la biodiversidad, sostiene la economía popular y garantiza la soberanía alimentaria. Sin embargo, recibe los peores salarios, los precios más bajos, la infraestructura más precaria y el mayor número de víctimas. Esta contradicción no es un error del sistema: es su funcionamiento normal.

Por eso, la respuesta no puede ser individual ni asistencial. La salida es política y colectiva. Organización para la vida y la defensa del territorio

El campesinado debe organizarse no solo para resistir, sino para disputar poder. Fortalecer juntas de acción comunal, asociaciones campesinas, cooperativas, procesos de economía solidaria y guardias comunitarias. Construir unidad entre pequeños productores,

jornaleros, mujeres rurales, jóvenes campesinos y pueblos étnicos.

La división es funcional a la guerra. La unidad es condición de supervivencia.

- No hay paz sin campo con derechos. Un programa mínimo campesino debe incluir:
Reforma agraria integral y efectiva, con acceso real a tierra, formalización justa y protección frente al despojo.
- **Garantías de permanencia en el territorio**: seguridad para la vida, no militarización indiscriminada.
- **Economía campesina protegida**: precios justos, compras públicas, crédito blando, infraestructura productiva y vías dignas.
- **Soberanía alimentaria** como política de Estado, no como discurso.
- **Derechos sociales rurales**: salud, educación, vivienda, conectividad y agua potable en el campo.
- **Reconocimiento político del campesinado** como sujeto de derechos colectivos.

- **Protección de líderes y lideresas sociales** y desmonte real del paramilitarismo.
- **Participación campesina vinculante** en las decisiones sobre el territorio.

No se trata de buscar la guerra, pero tampoco de aceptar la sumisión. Cuando la vida se hace imposible, resistir es un derecho. Prepararse significa formación política, conciencia histórica, organización territorial y capacidad de movilización.

El campo no puede seguir siendo la retaguardia sacrificable del país. Sin campesinado no hay nación, sin tierra no hay futuro, sin justicia rural no habrá paz.

La transformación de Colombia no nacerá de pactos entre élites ni de promesas electorales incumplidas. Nacerá del campesinado organizado, consciente de su fuerza, dueño de su programa y decidido a no seguir poniendo los muertos de una guerra que no eligió. El campo no pide caridad. Exige derechos. No suplica paz. La construye luchando.



**Un feminismo construido desde el odio al
hombre, desde la revancha simbólica o desde
la lógica del enemigo, no libera.**

CAMILO TORRES RESTREPO

MENSAJE A LAS MUJERES

La mujer de nuestro tiempo no es un apéndice del mercado, ni una consigna publicitaria, ni un nicho electoral. Es sujeto histórico. Es conciencia crítica. Es fuerza vital que sostiene comunidades enteras en medio del despojo, la violencia, la precarización del trabajo y la fragilidad de la vida cotidiana.

Las mujeres saben —porque lo viven en el cuerpo— que la injusticia no es un concepto abstracto: tiene rostro de salario desigual, de doble jornada, de violencia doméstica, de exclusión política, de territorios arrasados y de niños criados en medio del abandono estatal. Pero también saben que la dignidad no se mendiga: se organiza.

Hoy, como ayer, las mujeres cargan sobre sus hombros buena parte del peso de la sociedad. Son quienes cuidan, educan, sostienen y resisten. Sin embargo, el sistema pretende

fragmentarlas: convertir su lucha en mercancía, su dolor en espectáculo y su emancipación en marca.

Por eso es necesario decirlo con claridad: un feminismo construido desde el odio al hombre, desde la revancha simbólica o desde la lógica del enemigo, no libera. Reproduce la misma estructura de dominación que dice combatir. Cambia los roles, pero no transforma el mundo. Ese feminismo que convierte al varón pobre en adversario, que olvida al campesino, al obrero, al joven excluido, al padre precarizado, termina sirviendo—consciente o inconscientemente—a los mismos poderes que históricamente han oprimido a mujeres y hombres por igual. Frente a eso, se levanta con fuerza el feminismo popular.

Un feminismo que no separa, sino que une. Que no enfrenta a los de abajo, sino que los convoca. Que no reduce la lucha a identidades aisladas, sino que la inscribe en un proyecto colectivo de justicia social. El feminismo popular entiende que la emancipación de las mujeres está ligada a la emancipación del pueblo. Que no hay igualdad real sin pan, sin tierra, sin

educación, sin salud, sin trabajo digno. Que la violencia patriarcal se alimenta de la pobreza estructural, del racismo, del extractivismo y del autoritarismo.

Las mujeres no están llamadas a reemplazar una dominación por otra. Están llamadas a humanizar la política, a devolverle sentido ético a la lucha social, a ser corazón y conciencia de los procesos transformadores.

No se trata de competir por el poder dentro del mismo modelo injusto, sino de cambiar las reglas del juego.

Las mujeres populares saben que la verdadera revolución comienza en el cuidado de la vida, en la organización barrial, en la defensa del territorio, en la solidaridad concreta, en la pedagogía cotidiana, en la construcción de comunidad. Saben que la dignidad se construye con otros, no contra otros.

Por eso, hoy más que nunca, las mujeres están llamadas a liderar un proyecto de humanidad: uno donde la igualdad no sea letra muerta, donde los derechos no sean privilegio, y donde la justicia no sea promesa aplazada. No como

fuerza aislada. No como identidad enfrentada. Sino como columna vertebral de un movimiento amplio, plural y profundamente humano. Porque solo desde la unidad de los pueblos — mujeres y hombres caminando juntos— será posible construir una sociedad verdaderamente justa.

Y porque el futuro no será feminista por decreto, sino por organización, conciencia y amor eficaz.



**La rebeldía sin estructura se agota. La crítica
sin comunidad se diluye. La conciencia sin
praxis se vuelve estética.**

CAMILO TORRES RESTREPO

MENSAJE A LOS ESTUDIANTES

Ustedes, en el siglo XXI, viven en un tiempo distinto, pero no menos injusto. Han crecido entre pantallas, algoritmos y promesas de éxito individual; entre discursos de libertad y prácticas de exclusión; entre la urgencia de sobrevivir y el cansancio de soñar. Les dijeron que eran el centro del mundo, que todo empieza con ustedes. Y sin embargo, cargan sobre sus hombros un país herido, una democracia fatigada y un futuro precarizado.

No son la primera generación que enfrenta la desigualdad. Tampoco la primera que descubre que el acceso a la educación sigue siendo un privilegio, que estudiar cuesta, que endeudarse es norma y que graduarse no garantiza dignidad. Hoy como ayer, el origen social determina las trayectorias. Hoy como ayer, la universidad continúa siendo un espacio tensionado entre pensamiento crítico y domesticación profesional.

Ser estudiante sigue siendo un lugar privilegiado, pero ese privilegio no es un trofeo: es una responsabilidad histórica.

Muchos de ustedes confunden visibilidad con transformación. Creen que una consigna viral equivale a organización, que un trino sustituye la construcción colectiva, que indignarse es lo mismo que comprometerse. Viven saltando de causa en causa, atrapados en luchas fragmentadas que no logran convertirse en proyecto común. Protestan, pero no siempre organizan. Denuncian, pero rara vez sostienen procesos. Se conmueven rápido y se cansan más rápido aún. La rebeldía sin estructura se agota. La crítica sin comunidad se diluye. La conciencia sin praxis se vuelve estética.

El desafío no es “hacerse escuchar”, sino construir poder social. No basta con señalar injusticias: hay que disputar las condiciones que las producen. No basta con marchar: hay que organizarse. No basta con proclamarse progresista: hay que compartir la suerte de los sectores populares, entender sus necesidades reales y caminar junto a ellos.

La tarea del estudiante no es encerrarse en debates abstractos ni en burbujas identitarias. Su lugar está en el cruce entre conocimiento y realidad, entre aula y territorio, entre teoría y pueblo. La formación universitaria solo adquiere sentido cuando se pone al servicio de la transformación social.

No idealicen la pobreza, pero tampoco le teman al sacrificio. El compromiso verdadero incomoda, desestabiliza privilegios, exige coherencia. Una vida dedicada al cambio social no se mide por likes ni certificados, sino por la capacidad de permanecer cuando el entusiasmo baja, cuando aparecen el cansancio, la persecución o la incertidumbre.

Hoy el sistema no necesita estudiantes críticos: necesita profesionales dóciles. Necesita expertos sin conciencia, técnicos sin ética, líderes sin pueblo. Resistir eso implica asumir que la educación no es solo preparación laboral, sino formación política y moral. El compromiso no puede ser parcial. O se está del lado de la dignidad humana o se termina administrando la injusticia.

Ustedes no son el origen de la lucha estudiantil: son un eslabón más en una larga historia de rebeldías, caídas y aprendizajes. Honrar esa historia no es repetir consignas, sino profundizarla, actualizarla y llevarla más lejos. Su generación está llamada no solo a protestar, sino a reconstruir el tejido social roto; no solo a criticar al poder, sino a imaginar y crear formas nuevas de gobernar la vida colectiva. El país no necesita estudiantes brillantes: necesita estudiantes valientes.

No necesita carreras exitosas: necesita conciencias organizadas. No necesita opiniones rápidas: necesita compromisos duraderos. Que su paso por la universidad no sea un paréntesis cómodo entre la adolescencia y el empleo. Que sea una escuela de humanidad, de solidaridad y de responsabilidad histórica.

Porque estudiar sin servir al pueblo es un privilegio vacío. Y saber sin transformar es apenas una forma elegante de resignación.

No basta con defender la educación pública ni con encerrar la política en el campus. El movimiento estudiantil está llamado a ir más allá de sus propias reivindicaciones para

entrelazarse con los sectores sociales y populares en una lucha común por la justicia social, la democracia real y el ejercicio pleno de los derechos fundamentales. No como acompañante ocasional, sino como sujeto histórico organizado, capaz de disputar poder y construir representación política en el Congreso de la República, llevando la voz de los de abajo a los escenarios donde se toman las decisiones.

Ese movimiento no puede ser devorado por la evasión: ni por la droga, ni por el alcohol, ni por la rumba permanente, ni por un odio de género que fragmenta lo que debe unirse. Está llamado a ser rebelde, subversivo y revolucionario —en el buen sentido de la palabra—: es decir, profundamente transformador, ético en sus métodos y radical en sus propósitos. Un movimiento humanista, comprometido con el futuro de las clases subalternas, que entienda la política como servicio y la organización como pedagogía colectiva. La rebeldía estudiantil debe ser conciencia, no pose; propuesta, no solo protesta.

Y, sobre todo, un movimiento capaz de desenmurallarse para unirse al pueblo. Que

convierta los saberes científicos y profesionales en herramientas de trabajo popular y social; que lleve la ingeniería a los barrios, el derecho a las veredas, la medicina a las periferias, la pedagogía a las comunidades. Un estudiantado que no mire desde arriba, sino que camine al lado; que investigue con la gente y no sobre la gente; que construya poder desde abajo con vocación de país. Porque solo así la universidad dejará de ser un enclave aislado y se volverá trinchera de esperanza organizada, laboratorio de futuro y semillero de una democracia viva.



El trabajo digno, la justicia social y la vida con
derechos no son utopías abstractas: son tareas
pendientes

CAMILO TORRES RESTREPO

MENSAJE A LAS Y LOS DESEMPLEADOS Y A QUIENES VIVEN DEL TRABAJO PRECARIO E INFORMAL

Hermanas y hermanos:

El desempleo y la precarización del trabajo no son accidentes ni fatalidades individuales. Son el resultado de un modelo económico que produce riqueza para unos pocos y exclusión para las mayorías. Hoy, como ayer, millones de personas quieren trabajar y no encuentran dónde; otras trabajan sin derechos, sin estabilidad, sin seguridad social, sin salario digno, condenadas a la incertidumbre diaria del rebusque, del contrato temporal, de la plataforma digital que explota sin asumir

responsabilidades, del comercio informal perseguido, pero nunca protegido.

Que nadie les haga creer que esta situación es culpa suya. No es pereza lo que genera el desempleo, ni falta de talento lo que empuja a la informalidad. Es un sistema que concentra la propiedad, debilita la industria nacional, precariza el campo, terceriza el trabajo y convierte la vida en mercancía. Un sistema que necesita trabajadores descartables, siempre disponibles y siempre vulnerables, para sostener ganancias que no se redistribuyen.

La precarización del trabajo informal es hoy una forma moderna de despojo. Quien vende en la calle, conduce una moto para sobrevivir, cuida sin contrato, enseña sin garantías, produce sin protección, trabaja más horas que nadie y vive con menos derechos que todos. Se les exige orden, productividad y sacrificio, pero se les niega reconocimiento, seguridad y dignidad. Se les criminaliza cuando protestan y se les abandona cuando enferman o envejecen.

Esta realidad debe convertirse en conciencia. Y la conciencia, en organización. Las y los desempleados, las y los trabajadores informales

y precarios no están al margen de la sociedad: están en su centro. Son quienes sostienen la economía real, quienes conocen en carne propia la injusticia del sistema, quienes saben que la pobreza no es una condición natural sino una construcción política. Por eso, su voz no debe ser de resignación, sino de liderazgo.

No basta con esperar soluciones desde arriba. Ningún poder que se beneficia de la desigualdad la corregirá voluntariamente. Los cambios reales nacen cuando quienes sufren la injusticia se organizan, se reconocen como sujetos colectivos y exigen transformaciones estructurales. El derecho al trabajo digno no se mendiga: se conquista. Y se conquista con unidad, con claridad política y con compromiso ético.

Organizarse no significa dividirse ni encerrarse en luchas fragmentadas. Significa unir las causas: desempleados con trabajadores formales, informales con sindicatos, jóvenes sin futuro con campesinos desplazados, mujeres precarizadas con comunidades excluidas. Significa comprender que la lucha por el empleo digno es inseparable de la lucha por la

educación pública, la salud universal, la vivienda, la soberanía económica y un Estado al servicio del bien común.

El trabajo no es solo una fuente de ingresos: es una forma de dignidad, de participación social, de construcción de sentido. Cuando el trabajo se degrada, se degrada la vida. Por eso, luchar por trabajo digno es luchar por una sociedad justa. No se trata solo de crear empleos, sino de transformar las condiciones que hacen del empleo un privilegio y no un derecho.

A quienes hoy están sin trabajo o sobreviven en la informalidad, este mensaje no es de consuelo sino de convocatoria. Ustedes no son el problema: son parte esencial de la solución. Su experiencia, su resistencia cotidiana, su capacidad de organización son fuerzas transformadoras. El cambio social verdadero no se hace desde la comodidad, sino desde la urgencia ética de quienes ya no aceptan vivir arrodillados.

La historia demuestra que cuando el pueblo se organiza, ningún sistema injusto es invencible. El trabajo digno, la justicia social y la vida con derechos no son utopías abstractas: son tareas

pendientes. Y su realización exige compromiso colectivo, amor eficaz por los más excluidos y la decisión firme de transformar las estructuras que producen desempleo, precariedad y miseria.

Que la indignación se convierta en conciencia.
Que la conciencia se convierta en organización.
Y que la organización se convierta en poder popular al servicio de la dignidad humana.



La prisión política sigue siendo uno de los instrumentos preferidos del poder para disciplinar la protesta, fragmentar la organización popular y sembrar miedo

CAMILO TORRES RESTREPO

MENSAJE A LAS Y LOS PRESOS POLÍTICOS

El pueblo colombiano debe comprender, hoy como ayer, que quienes concentran el poder no lo entregarán voluntariamente. Ninguna conquista social ha sido fruto de la generosidad de las élites. Cada derecho, cada avance democrático, cada posibilidad de dignidad ha nacido del sacrificio, de la organización y de la resistencia persistente de los de abajo.

La prisión política sigue siendo uno de los instrumentos preferidos del poder para disciplinar la protesta, fragmentar la organización popular y sembrar miedo. Cambian los discursos, se modernizan las formas, se maquillan las instituciones, pero la lógica permanece: criminalizar la inconformidad, judicializar la pobreza, perseguir al liderazgo social y castigar a quienes se atreven a cuestionar el orden injusto.

Hoy los presos políticos no son solamente militantes armados o dirigentes visibles. Son líderes comunitarios, defensores de derechos humanos, jóvenes de barrios populares, campesinos, indígenas, estudiantes y trabajadores atrapados en montajes judiciales, procesos interminables o condenas desproporcionadas. Son víctimas de un sistema penal selectivo que protege a los poderosos y castiga con dureza a quienes resisten.

No debe sorprendernos que el aparato represivo actúe con mayor fuerza cuando los pueblos comienzan a organizarse y a exigir transformaciones reales. Esa minoría que ha convertido al Estado en botín privado no duda en usar la cárcel, la estigmatización mediática y la violencia institucional para preservar sus privilegios. Hablan de legalidad mientras practican la injusticia. Invocan la paz mientras mantienen intactas las estructuras que producen guerra social. Proclaman democracia mientras bloquean la participación efectiva del pueblo.

La doble moral continúa siendo norma: se condena la protesta, pero se tolera el saqueo; se

persigue al joven que alza la voz, pero se absuelve al corrupto; se encarcela al líder social, pero se premia al empresario del despojo. Es la misma lógica que legitima el uso de la fuerza contra los pobres y predica moderación cuando se trata de los ricos.

Frente a esta realidad, la clase popular debe ver en cada preso político no una derrota, sino un llamado a profundizar la lucha. Debe reconocer en ellos y ellas a combatientes de la dignidad, a mujeres y hombres que han asumido costos personales en nombre del bienestar colectivo. Merecen todo nuestro respeto, todo nuestro respaldo y toda nuestra solidaridad activa.

Esa solidaridad no puede reducirse a palabras. Debe expresarse en exigencias públicas de libertad, en acompañamiento jurídico, en redes de apoyo para sus familias, en visitas, en libros, en alimentos, en abrigo, en información. Pero, sobre todo, debe traducirse en organización popular consciente, en movilización persistente y en construcción de poder desde abajo.

Porque la mayor ayuda que puede recibir una persona presa por razones políticas no es solamente aliviar su encierro, sino fortalecer la causa por la cual fue encarcelada.

Cada cárcel que encierra a un luchador social desnuda el miedo del sistema. Cada preso político revela la fragilidad moral del régimen. Y cada gesto de solidaridad es una grieta en el muro de la opresión.

Que nadie se engañe: la libertad de los presos políticos está indisolublemente ligada a la liberación del pueblo. No habrá justicia verdadera mientras haya conciencia encarcelada. No habrá democracia real mientras protestar sea delito. No habrá paz mientras la desigualdad siga siendo política de Estado.

La tarea sigue siendo la misma: organizar la esperanza, convertir el dolor en fuerza colectiva y hacer del amor una práctica transformadora. Hasta que la dignidad deje de ser excepción y se vuelva costumbre.

HUMANISMO CAMILISTA Y AMOR EFICAZ

Ética encarnada, política del cuidado y pedagogía de la esperanza

El pensamiento y la praxis de Camilo Torres Restrepo constituyen una de las expresiones más radicales y coherentes del humanismo latinoamericano del siglo XX.

Su propuesta no se agota en un marco teológico ni en una estrategia política coyuntural; configura, más bien, una ética encarnada que articula fe, justicia social y compromiso histórico.

En el centro de esta arquitectura moral se encuentra el concepto de amor eficaz: una categoría práctica que desplaza el amor del ámbito sentimental al terreno de la transformación estructural de la vida social.

Este ensayo propone una exploración rigurosa del humanismo camilista —entendido como una

antropología ética orientada a la liberación— y del papel que desempeña el amor eficaz como principio operativo. Sostendré que el humanismo camilista es una síntesis singular entre espiritualidad cristiana, análisis social crítico y acción política, y que el amor eficaz funciona como su motor pedagógico y organizativo: una política del cuidado con horizonte de justicia.

1. El humanismo camilista: una antropología situada

Hablar de humanismo camilista implica reconocer una concepción del ser humano inseparable de sus condiciones materiales de existencia. Camilo parte de una constatación elemental: no hay dignidad posible cuando amplios sectores sociales viven bajo la violencia de la pobreza, el despojo y la exclusión. Por ello, su humanismo no se formula desde abstracciones universales, sino desde la experiencia concreta de los oprimidos.

Este humanismo es situado: emerge del contacto directo con comunidades campesinas, obreras y estudiantiles; se alimenta del análisis sociológico y se orienta a la acción colectiva.

En Camilo, la persona no es un individuo aislado, sino un sujeto relacional inscrito en tramas históricas. La libertad, en consecuencia, no es mera elección privada, sino capacidad socialmente construida para decidir sobre el propio destino.

A diferencia de humanismos liberales centrados en la autonomía individual, el camilismo propone un humanismo comunitario. La realización personal está indisolublemente ligada al bienestar colectivo. De ahí que el criterio ético fundamental sea el impacto de las acciones sobre las mayorías empobrecidas. Esta inversión del punto de vista —mirar la sociedad desde abajo— anticipa enfoques contemporáneos de justicia social y derechos humanos.

2. Amor eficaz: del sentimiento a la transformación

El concepto de amor eficaz constituye la contribución más original de Camilo a la ética política latinoamericana. Frente a un amor reducido a la compasión o a la beneficencia,

Camilo propone un amor que produce efectos reales sobre las estructuras que generan sufrimiento. Amar eficazmente es intervenir en las causas del dolor social.

El amor eficaz se define por tres rasgos:

Historicidad: no opera en el vacío, sino en contextos atravesados por relaciones de poder. Amar implica tomar partido.

Organización: el amor aislado es insuficiente; requiere convertirse en fuerza colectiva capaz de incidir en políticas públicas y formas de gobierno.

Riesgo: amar eficazmente supone exponerse, asumir costos personales y romper con la comodidad del privilegio.

Desde esta perspectiva, la caridad despolitizada aparece como una forma de perpetuación del orden injusto. El amor eficaz, en cambio, exige cambiar las reglas del juego: redistribuir recursos, democratizar decisiones y construir institucionalidades al servicio de la vida.

3. Ética encarnada y política del cuidado

El humanismo camilista no separa ética y política. Su propuesta es una ética encarnada: las convicciones morales se verifican en prácticas concretas. Esta ética se expresa como una política del cuidado que trasciende el asistencialismo y apuesta por la autonomía de los pueblos.

Cuidar, para Camilo, no es proteger paternalmente, sino potenciar capacidades. Es crear condiciones para que las comunidades se organicen, produzcan conocimiento y disputen poder. En este sentido, el amor eficaz es profundamente pedagógico: enseña a leer la realidad críticamente y a actuar sobre ella.

Esta pedagogía de la esperanza se opone al fatalismo. Afirma que la historia es abierta y que los sujetos colectivos pueden reorientarla. La esperanza camilista no es espera pasiva; es trabajo paciente, articulación de voluntades y construcción de proyectos comunes.

4. Amor eficaz y organización popular

Un rasgo distintivo del humanismo camilista es su apuesta por la organización popular como

mediación indispensable entre ética y cambio social. El amor eficaz se institucionaliza en sindicatos, cooperativas, movimientos estudiantiles y procesos comunitarios. No basta con indignarse: hay que organizarse.

Aquí aparece una comprensión avanzada de la política: no como mera competencia electoral, sino como capacidad social para decidir colectivamente. Camilo reconoce que las transformaciones estructurales requieren correlaciones de fuerza y que estas solo se construyen mediante alianzas amplias, formación política y disciplina organizativa.

Este enfoque evita tanto el espontaneísmo como el vanguardismo. El amor eficaz no delega la emancipación en élites iluminadas; la construye con los sujetos históricos concretos. Por ello, su humanismo es radicalmente democrático.

5. Tensiones, límites y actualidad del humanismo camilista

Como toda propuesta situada, el humanismo camilista enfrenta tensiones. Su énfasis en la urgencia del cambio estructural lo llevó a asumir

opciones extremas en un contexto de cierre político.

Sin embargo, más allá de los debates sobre medios y fines, su legado principal reside en haber articulado ética, fe y política en una praxis coherente.

Hoy, en un escenario marcado por la precarización del trabajo, la crisis climática y la fragmentación social, el amor eficaz adquiere nueva relevancia. Interpela a los feminismos populares, a los movimientos ambientales, a las economías solidarias y a las pedagogías críticas. Nos recuerda que no hay justicia sin organización ni dignidad sin redistribución.

El humanismo camilista invita a repensar el compromiso intelectual: el conocimiento no es neutral; debe ponerse al servicio de la vida. En tiempos de tecnocracia y gestión sin alma, esta perspectiva recupera la centralidad del sujeto y del vínculo social.

A manera de cierre

El humanismo camilista propone una ética de la responsabilidad histórica: amar es transformar. El amor eficaz no es un adorno retórico, sino una

praxis exigente que articula sensibilidad moral, análisis estructural y acción colectiva. En esta síntesis reside su potencia.

Más que un capítulo cerrado del pasado colombiano, el legado de Camilo ofrece herramientas para pensar el presente: una política del cuidado con horizonte de justicia, una pedagogía de la esperanza que forma sujetos críticos y una invitación permanente a convertir la compasión en organización. En última instancia, el humanismo camilista nos desafía a construir un mundo donde el amor deje de ser promesa y se vuelva realidad compartida.

Este libro no busca canonizar a Camilo al cumplirse 60 años de su muerte en combate. Busca activarlo. No pretende nostalgia, sino responsabilidad. Es una invitación a repensar la política como ética colectiva. A recuperar la organización como forma de amor. A entender que la esperanza también se planifica.

Es una invitación a mirar el país con ojos críticos y corazón dispuesto. A reconocer que ningún cambio vendrá desde arriba. Que toda transformación verdadera nace del tejido social. Camilo nos habla hoy porque seguimos viviendo las mismas desigualdades estructurales. Porque la pobreza aún duele. Porque la juventud sigue buscando sentido. Porque el pueblo continúa esperando justicia.



EDITORES

Editorial ALQUIMIA